

En toda España. 1'50 ptas. al mes
Extranjero. 30'00 al año
Número atrasado, 10 céntimos
Número suelto, 5 céntimos

EL BIEN PÚBLICO

Fundado en 1.º de marzo de 1873. — (Segunda época)

Redacción y Administración: Plaza del Príncipe, 11, y Rampa de la Abundancia, 16, teléfonos 20 y 84.
Dirección telegráfica: BIEN - MASHN

Núm. 12.851.

Mahón, Viernes 25 de febrero de 1916

Influencia de la guerra comercio hispano-americano

Resta sólo en España, que si bien es cierto tiene las restricciones contenidas en las extensas listas de los productos considerados por unos o por otros como contrabando de guerra, tiene en cambio libertad de acción para comerciar con América y con los demás pueblos del mundo y no tiene obstáculo alguno para que sus barcos surquen todos los mares, por más que sean insuficientes para sostener su tráfico con los pueblos de ultramar.

Aun cuando nosotros no nos alegramos nunca del mal del prójimo y desearíamos de todas veras que terminara cuanto antes la espantosa matanza a que se dedican una docena larga de naciones y de que venga la paz a poner fin a tan tremendos horrores, esto no quita para que nuestros productores y exportadores se aprovechen de tan tristes circunstancias para proveer a los artículos de su fabricación a las naciones americanas que las necesitan, y que tal vez ignoraban que aquí se producían por la errónea creencia de nuestro atraso, o tal vez de nuestra impotencia industrial, que nuestros competidores tenían interés en ocultar, para seguir explotando aquellos mercados.

Con las salvaduras, antedichas, nosotros consideramos estos hechos menos que providenciales, porque parece como si la providencia misma hubiese querido subsanar nuestra falta de iniciativa, nuestra apatía y nuestra desidia, en dar a conocer los adelantos de nuestra industria y la potencialidad de la misma, que ha dejado atónitos a los que nos consideran incapaces.

Sin gasto alguno para nuestros industriales, la Providencia se ha cuidado de servirles de agente comisionista y divulgador de nuestra potencia industrial, porque contra todas las leyes y reglas económicas de los tiempos normales, sin tomarse el trabajo de darse a conocer, sin visitantes ni muestrarios, los comerciantes y consumidores de los pueblos americanos, faltos de numerosos artículos, han venido aquí a ver si por casualidad los encontraban y se han quedado sorprendidos al ver nuestros adelantos, y sorprendidos también al enterarse de las cifras de nuestra exportación.

No les cabía en la cabeza, ni siquiera podían imaginarse que en menos de año pudieramos quintuplicar o sextuplicar la exportación de gran número de productos manufacturados sin que se haya resentido lo más mínimo el aprovisionamiento para satisfacer todas las necesidades del mercado interior.

No se explican cómo las manufacturas de algodón han podido atender al consumo propio y remontarse después en solos once meses, de 37 a millones de pesetas, en que se valoraron el año anterior los productos salidos para el exterior, elaborados con algodón, hasta 150'5 millones que importaron los que han salido en el mismo período de 1915.

Ni comprenden tampoco cómo

la manufacturas de lana del país, si descuidar las atenciones de la nación, han podido conseguir dar el tremendo salto que supone pasar, de 36 millones de pesetas a 177, en el mismo período de once meses de los dos años consecutivos de 1914 y 1915.

Y se quedan también admirados de que las manufacturas de pieles hayan progresado en los períodos mencionados desde 31'5 millones de pesetas a 83'0 en el de 1915, siendo las dos partidas más notables la de calzado que subió de 6'8 a 32'4 y la de pieles de becerro curtidas que de 3'0 se remontó a 24'4 millones de pesetas.

Han aumentado también notablemente las exportaciones de algunos productos siderúrgicos, principalmente lingotes, barras, carriles y otros hierros manufacturados, como aumentaron también las salidas de vidrios planos, productos químicos y farmacéuticos, hilados de cáñamo, sacos y varias substancias.

S. MUGUERZA

Para después de la guerra

La guerra sigue su destructora marcha, agotando las energías financieras y militares de la vieja Europa.

Los pueblos neutrales que asientan en calidad de espectadores más o menos interesados en el triunfo de este o aquel beligerante, preparan a sacar el mayor partido posible al final de la tragedia.

Y en tanto que en unos es el estímulo de la industria, como en los Estados Unidos, en otros, como Rumania, se cotiza a elevado precio

la neutralidad, con miras a expansiones territoriales en la Besarabia.

Los países escandinavos, que están consolidando su comercio con Alemania, han protestado, energicamente contra las recientes medidas adoptadas por Inglaterra, que pretenden poner coto y tasa al comercio de Suecia.

Aquí en España no se ocupan los Gobiernos de estudiar los medios conducentes para un próximo desarrollo de nuestra industria y del turismo, que constituiría uno de los mayores y más sanos ingresos.

Un escritor argentino, gran conocedor de los países europeos, ha dicho:

"Después de la guerra, en la cual Italia perderá sus colonias africanas, su escuadra y sus esperanzas de recuperar Malta, ni los ferrocarriles ni los hoteles italianos verán volver las obscuras glorias de Alemania, que anualmente le traían a ese país, que vive de su pasado, los nada líricos millones de liras, que de ahora en adelante irán al único país latino de Europa donde aún vive la hidalguía."

La alusión es bien directa. Damos las gracias al citado escritor por el buen concepto que de nosotros tiene formado; la hidalguía, en efecto, es nuestro patrimonio popular; pero la previsión, el espíritu organizador de otros pueblos para sentar los jalones de un futuro prospero, no es garbanzo que se cuece en el puchero de nuestros gobernantes.

Acabará la guerra y nos sorprenderá con los brazos cruzados. Si algo se nos da, se nos dará como añadidura.

Nuestros estadistas las gastan así. Son unos superhombres que no se

ocupan de estas bagatelas, de estas pequeñeces y miserias.

El turismo es un vocablo vacío de sentido en este país. Se crean juntas, al parecer vigorosas, y animadas de los mejores propósitos; pero al ponerse en contacto con los Poderes públicos son atacadas por el microbio de la indiferencia.

Como si el Gobierno proyectase sombra nefasta, cual la del manzano, sobre toda obra que patrocina, así se agostan en flor estas instituciones, que nacieron a la vida pública con deseos de ser útiles a la Patria.

En España tendría vida prospera el turismo si se viera libre de concomitancias con los Gobiernos, porque en nuestro suelo hay esparcidas monumentales obras de todos los estilos y épocas que atraerían a los turistas extranjeros a estudiar y a admirar de cerca tantos prodigios artísticos.

Nuestro país será, probablemente, el preferido por alemanes y austriacos, después de la contienda, para sus excursiones científicas, y los millones de liras con que enriquecerán a Italia, contribuirán al esplendor de España; pero, ¿se hallan dotados nuestros servicios ferroviarios, nuestros hoteles y nuestros centros de arte de las comodidades, de la organización y del excelente método que caracteriza a otros pueblos?

El viajero que pretenda recorrer España, invertirá triple tiempo del necesario, encontrará dificultades en los itinerarios, brusquedad en los bebedes, insuficiencia en los índices y catálogos, y quizás en algún punto, aunque por fortuna rarísimo, cierta desconsideración que proyectaría sombra de incultura.

El fomento del turismo, que puede constituir en España una vigo-

rosa corriente de oro, debe acometerse con bríos por las personas entusiastas.

Y cuantos se interesen por el resurgimiento nacional perpetran un delito de lesa Patria si no estimulan y empujan a todos los elementos directivos e influyente para que aprovechen estas circunstancias, que de una manera tan clara ha previsto, con intuición admirable, un escritor argentino.

RELIGIOSAS

Misa nueva en Monte Toro

El 19 del corriente mes, como ya anunciamos días pasados en nuestra gaceta, cantó su primera misa en el santuario de Nuestra Señora de Monte Toro el nuevo sacerdote revelando don Jorge Orfila Cardona, de Alayor.

El día se presentó espléndido, como en los hermosos días de mayo, el sol embellecía el monte con sus dorados y calurosos rayos templados por el vientecillo que suavemente acariciaba los rostros.

Eran las ocho cuando el camino que conduce al santuario ya ofrecía un bello panorama que recordaba los días que en aquella cima se celebra gran solemnidad. Por doquier se miraba se veían personas con semblante risueño que subían la montaña deseosas de asistir a la misa nueva.

En la misa, el nuevo celebrante

entusiasta celoso de las disposiciones emanadas de Roma cantó, acomodándose, lo mismo las Oraciones, que el Prefacio, Pater Noster y Pax Domini, a la anotación del Misal Romano, dejándose de rutinas que deforman la unidad que debe siempre brillar en los actos y ceremonias de la Iglesia, la que por dicho motivo tiene dispuesto hasta en pequeños detalles. Estando encargado de la parte musical el reverendo señor don Antonio Coll, presbítero, de Alayor, fervoroso y constante propagandista de la Música Sacra conforme el Motu Proprio de Pio X, el coro correspondió al celebrante con las respuestas convenientes, según lo ordenado por el Papa. Y ya que del coro habíamos, queremos aquí consignar nuestra felicitación para aquellos jovencitos que tan bien cantaron los Kirie y Gloria de la misa De Angelis, Sanctus y Benedictus del sacerdote alemán J. Mandl, y Agnus Dei del italiano Alonsius Bottazzo. Cantar además durante la comunión, el Veni a Mi, mon Cor a tots convidats, letra de Verdager y música de B. Torres, aprobado por la Junta Censora de Música Sacra de Mallorca; acabada la misa, Lo Nom de Maria y después del Te Deum, La Jula de Maria, ambos de Verdager la letra y la música de L. Romeu, aprobado por la Junta Censora de Barcelona.

Y si placemes merecen aquellos jovencitos, con mayor razón y justicia se los damos al señor Coll que supo enseñarlos y dirigirlos.

La iglesia estaba llena de fieles calculándose en número de docientos los asistentes a la misa.

El sermón estuvo a cargo del sabio y virtuoso Predicador Apostólico Muy Ilustre Doctor don Rafael Pijoán, Dignidad Dean de la Santa Iglesia Catedral de Menorca, quien con palabra fácil y en conceptos tiblimes hizo algunas reflexiones referentes al Santo Sacrificio comparando el de la Cruz con el del Altar. Fue escuchado con religiosa atención por el auditorio que quedó altamente complacido. Quien ha oído una vez al Doctor Pijoán, se queda con de

BIBLIOTECA DE EL BIEN PÚBLICO

Aquellos paisajes que yo veía por primera vez me eran familiares, que muchas veces, al llegar a la revuelta de un camino, me divertía en cerrar los ojos para una prueba.

— Veamos si me acuerdo, me decía. Ahora vamos a encontrar esto y aquello, un bosque a la izquierda, unas ruinas a la derecha, un pueblo rodeado de árboles en el fondo de un valle.

Y en efecto, hallábamos todo como yo lo había imaginado y en el sitio mismo; el pueblo en el valle; a la derecha las ruinas; y a la izquierda el bosque.

Yo le di cuenta de estas extrañas impresiones a Chinela, dos o tres veces y cada vez no hizo más que sonreírme con aire misterioso.

Pero cada vez también dando chasquitos con su látigo y arreando al pobre caballo, gritaba:

— ¡A París, a París!

¡Ah! demasiado pronto llegamos... París es la miseria, los días sin pan, las noches heladas sin lumbre, los groseros insultos de los transeuntes y la silba de la chusma.

Durante los primeros días, Chinela no hizo más que pasearse, y recorre los barrios ricos sobre todo; pero por la noche volvía cada vez más taciturno y triste.

Nuestros fondos se iban agotando. Un día volvió a casa borracho.

París es también la embriaguez... la embriaguez de aguardiente que vuelve a las gentes malas. Muchas veces, y como haciéndome responsable de sus esperanzas frustradas, cuando yo, pobre de mí hasta ignoraba de qué especie eran éstas, ni en qué las fundaba, me miraba con los ojos inyectados de sangre; y estremeciéndome yo entonces, me acordaba de la Monna y de Thomaso.

Ya no me decía ahora: "Tú nos harás ricos, Pippione", pues era, sin duda sobre mí, sobre quien había edificado sus castillos en el aire y fundado sus esperanzas, y me tenía rabia al ver que no llegaban a realizarse.

LA CONDESA DE MONTECRISTO

¿Si resultaría, al fin, que la Pippione era su hija?

¡Pobre alma querida. Que había atravesado sin contarme ese mundo de bandidos y de mujeres perdidas! Era menester quererla mucho para hacerle olvidar todos esos dolores e ignominias.

La Pippione continuó:

— Se pasaron algunos minutos de un silencio mortal: yo tenía miedo. Temía que Chinela, para ocultar mejor su doble crimen, viniese a matarme también.

Trémula de horror, medio incorporada en mi camastro, no separaba la vista de la puerta de mi zaguizami; y se me figuraba a cada momento que se abría para dar paso a la hoja reluciente de un puñal.

Un paso silencioso hizo crujir el piso de madera del cuarto inmediato casi imperceptible, porque Chinela, para metrumenos ruido, se había descalzado; pero exaltada como yo estaba por el terror, apuesto a que en aquellos momentos habría podido oír el ruido que hace una araña al tejer su tela, según lo fino que tenía el oído.

La puerta del cuarto se abrió, y el paso vacilante se detuvo durante algunos instantes: yo no respiraba para poder oír mejor.

Volví a oírse de nuevo el paso sobre las tablas mal acepilladas, mientras que una mano tentaba las paredes como para guiarse.

No había duda, Chinela se dirigía hacia mí desvanecido, y yo me consideré perdida.

Me envolví entre las ropas de la cama, encogíendome cuanto pude, y aparentando estar dormida.

Quizás, me decía yo, al ver que estoy durmiendo, creerá que no he visto ni oído nada, y no se meterá conmigo. Chinela entró en mi chiribitil, yo no me volví para mirarlo, pero adviné que se acercaba, y senti al través de las ropas el sople caliente de su respiración azorada.

Me llamó por dos veces en voz baja:





